

EDITORIAL

CRISTÓBAL GNECCO

Universidad del Cauca (UNICAUCA)
Colombia

Justo cuando me siento a escribir este editorial leo la terrible noticia sobre la familia de Héctor Oesterheld, guionista del cómic *El Eternauta*, ahora recreado en una serie de televisión. Se me aguan los ojos. Entre 1976 y 1978 la dictadura argentina desapareció y asesinó a Oesterheld, a sus cuatro hijas (dos de ellas embarazadas) y a sus yernos. Después de esa época tenebrosa la sociedad civil decidió que lo que había sucedido no se podía olvidar jamás, que lxs miles de desaparecidxs y muertxs no podrían tener mejor cobijo que la memoria. Así empezaron a aparecer sitios de memoria (y de reunión, porque lo mejor que hace la memoria es reunir) en lo que antes fueron centros clandestinos de detención y tortura, los centros del terror que la dictadura mantuvo en muchas ciudades. El centro principal, en el que se produjeron los mayores atropellos contra la vida de miles de argentinxs, fue la ESMA, la Escuela de Mecánica de la Armada, en el norte de Buenos Aires. El año pasado estuve allí, temeroso de que se cumpliera lo que el nuevo gobierno estaba anunciando: la clausura, física y narrativa, de un relato de memoria que quiere extirpar porque contraviene el suyo. Ante esa memoria desolada que se exhibe, discute y comparte el señor Milei y sus cómplices dicen que lo sucedido en su país fue la respuesta legítima del Estado ante la insurrección comunista. ¿Muertes? ¿Desapariciones? ¿Torturas? Sólo efectos colaterales de la necesidad imperiosa de reorganizar el país. La historia oficial pisotea, con saña cobarde, la dignidad de la memoria. La insulta. El poder no tiene miramientos. El resultado es un proceso generalizado de desfinanciación pública de las políticas de memoria y una embestida brutal contra los relatos no oficiales.

Las horas que pasé en la ESMA fueron tremendas. Recorrí con paso cansino, dolido de tanto dolerme, los edificios y las calles donde se cuenta qué pasó, a quiénes, en qué momento. En una callecita lateral a un costado del Casino de Oficiales, el lugar más prominente en esa topografía de la barbarie, hay carteles con historias particulares de varias personas que fueron tragadas por el vórtice de la maldad. Relatan la cotidianidad de vidas plenas que terminan con la misma frase durísima: desaparecida tal día en tal lugar y vista por última vez con vida en la ESMA. El peso del horror. El sitio de memoria resignifica la ESMA: ya no es más el centro clandestino usado para silenciar, sino el sitio que concentra

las palabras que nombran lo que parecía innombrable. Es abundancia de lenguaje. El relato oficial, en cambio, silencia una violencia no dicha: no una violencia indecible (porque se puede decir, se debe decir), sino una violencia que no se dice. Por eso Milei quiere cerrarlo, porque su relato criminal está en evidencia. Ese es el poder de las memorias disidentes, el poder por el que luchamos: decir lo que la historia no dice, lo que soslaya, lo que oculta, lo que devalúa, lo que minimiza, lo que quiere hacernos creer que nunca sucedió.

Milei no está solo. En 2019 el recién nombrado director del Centro Nacional de la Memoria Histórica afirmó que en Colombia no había habido ni guerra ni conflicto, sino la legítima represión estatal a las bandas criminales. También buscan actos simbólicos. Esa historia oficial que anda en guerra con las memorias disidentes busca acallarlas en sus lugares más visibles, más visitados, más sensibles. Esto no es anecdótico ni circunstancial y ya se va convirtiendo en un fenómeno global que asusta. El 27 de marzo de este año el presidente de Estados Unidos emitió una orden ejecutiva, “*Restoring truth and sanity to American history*” (The White House, 2025), que busca una limpieza ideológica de los museos del Instituto Smithsonian “y una “restauración” de la historia de Estados Unidos. Los museos administrados por el Smithsonian en el Mall de Washington cumplen el papel de museos nacionales. Por décadas fueron los lugares en los que se puso en escena la historia nacional: la del relato blanco, la de los peregrinos fundadores, la del viaje al oeste —no un viaje espacial, sino ideológico: el triunfo de la civilización sobre la barbarie—, la de la contención calvinista. Pero desde hace unos años, como resultado de la lucha por los derechos civiles, empezaron a acoger otros relatos del pasado y a entender que ocultar lo que sucedió es la mejor forma de continuar haciéndolo. Ahora Trump busca “restaurarlos” con el argumento de que son lugares de “adoctrinamiento ideológico o narrativas divisivas que distorsionan nuestra historia compartida”. A esas memorias disidentes que no han hecho nada distinto de mostrar la infamia del racismo y del patriarcado las llama “reconstrucción falsa de la historia estadounidense” y las responsabiliza de “minimizar de manera inapropiada el valor de ciertos eventos o figuras históricas” y de menospreciar “de manera inapropiada a los estadounidenses del pasado o del presente (incluidas las personas que vivieron en la época colonial)”. El propósito de esa orden es que “todos los monumentos, memoriales, estatuas se centren en la grandeza de los logros y el progreso del pueblo estadounidense” ya que:

durante la última década los estadounidenses han presenciado un esfuerzo concertado y generalizado por reescribir la historia de nuestra nación, reemplazando los hechos objetivos con una narrativa distorsionada, impulsada por la ideología en lugar de la verdad. Este movimiento revisionista busca socavar los logros notables de Estados Unidos al presentar sus principios fundadores e hitos históricos de forma negativa. Bajo esta revisión histórica el legado incomparable de nuestra nación, que promovió la libertad, los derechos individuales y la felicidad humana, se reconstruye como inherentemente racista, sexista, opresivo o, de otro modo, irremediabilmente defectuoso. En lugar de fomentar la unidad



y una comprensión más profunda de nuestro pasado común el esfuerzo generalizado por reescribir la historia profundiza las divisiones sociales y fomenta un sentimiento de vergüenza nacional, ignorando el progreso que Estados Unidos ha logrado y los ideales que siguen inspirando a millones de personas en todo el mundo. (The White House, 2025, s/p. Traducción del autor)

¡Vaya! Las memorias que buscan la no repetición de los horrores del pasado —que, en buena medida, siguen siendo los horrores del presente— están “impulsadas por la ideología en lugar de la verdad”. Sólo la historia oficial es verdadera. Pero por más verdadera que pretenda ser, por más silencio que busque imponer, jamás podrá ocultar que ese “legado incomparable” del pueblo norteamericano es un legado “racista, sexista, opresivo”. Ese legado es una violencia que las memorias disidentes han buscado exponer, discutir y, sobre todo, contener. Y sí, ese legado debería producir “un sentimiento de vergüenza nacional”.

Milei, Duque o Trump son instancias particulares de un peligroso acontecimiento global: la reacción de la derecha contra el progresismo. Ya ha sucedido antes, sólo que esta vez toca en nuestra puerta. Ya no estamos en la década trágica de 1930, sino casi cien años después. Estoy leyendo el libro de Robert Paxton (2019) sobre el fascismo. El libro está dedicado a explorar el funcionamiento de los primeros regímenes fascistas, esos regímenes que inventaron los procedimientos del horror: cómo llegaron al poder, cómo se sostuvieron, cuáles fueron sus relaciones con las sociedades de sus países, qué efectos devastadores terminaron produciendo. Las semejanzas con lo que está ocurriendo ahora con los gobiernos de derecha en muchos países son espeluznantes. Esos ciclos de la historia. Hace cien años las burguesías de Occidente se preparaban, con prolijidad y saña, para lanzar sus campañas contra el avance de reclamos sociales que identificaron con el comodín del comunismo internacional. En Italia el triunfo del socialismo en las elecciones de 1919 precipitó la reacción de la derecha violenta y asesina. En tres años, en solo tres años, la máquina fascista creada por un periodista de Predappio había tomado el poder. Poco después vendrían Alemania, España, el Pacto Antikomintern de 1936 y un largo etcétera teñido de sangre que se extendió a los otros continentes. Esos regímenes siniestros compartían varias cosas, como esta:

El fascismo en el poder es un compuesto, una poderosa amalgama de ingredientes conservadores, nacionalsocialistas y de la derecha radical, diferentes, pero casables, unidos por enemigos comunes y por la pasión común por una nación regenerada, dinamizada y purificada, aunque para ello sea necesario prescindir de las instituciones libres y de la soberanía de la ley. (Paxton 2019, p. 346)

Después de un siglo el ciclo empieza a repetirse. La guerra cultural que la derecha global está empeñada en desatar también enfrenta “enemigos comunes”— esta vez se trata de las diferencias y diversidades protegidas y acompañadas por leyes y políticas públicas ganadas en la lucha con paciencia y dificultad y que ahora busca echar para atrás — y



comparte “la pasión común por una nación regenerada, dinamizada y purificada, aunque para ello sea necesario prescindir de las instituciones libres y de la soberanía de la ley”. El fundamentalismo religioso que hace tabla rasa del Estado de derecho. Hay dos blancos favoritos de esa guerra cultural: lo que se llama ideología de género y uno que la cobija, lo que llama ideología *woke*. La primera es una ceguera intencionada porque soslaya la ideologización patriarcal del género y la atribuye, exclusivamente, a la reacción contra ella. La ideología *woke* tiene un acento claro en lo que ya ha sucedido, en lo que se ha ganado. Por eso usa el verbo inglés *wake* en pasado. La derecha no admite que la discriminación y las insultantes desigualdades de género, sexuales y raciales hayan sido puestas a raya. La justicia social le parece una aberración.

El siglo XIX fue rico en guerras culturales —en Latinoamérica conocemos bien las que tuvieron lugar en México y Colombia— en las que la historia jugó un papel destacado —fue la época de los manuales, de las academias, de las celebraciones, de las estatuas—. Pero durante varios siglos la narrativa del tiempo no fue contenciosa: el relato oficial —el del triunfo de la civilización sobre la barbarie, el de la blancura, el del desarrollo— fue impuesto, no sin dosis de violencia, y los demás relatos fueron silenciados. A las disciplinas históricas se les hizo jugar el papel desolado de legitimadoras de los proyectos nacionales-racistas —el *lebensraum* alemán fue el más infame, pero no el único—. El asunto empezó a cambiar hace ya varias décadas de la mano de la insurrección protagonizada por los feminismos, por los movimientos indígenas, por las víctimas de las violencias del Estado y de los grupos armados, por los sectores situados en el afuera de la modernidad. La narrativa oficial fue enfrentada por relatos contados desde la herida colonial y que encontraron cobijo en muchos espacios: sitios de memoria, paredes, museos comunitarios, cartillas, marchas, performances, instalaciones. Al mismo tiempo, pero no por azar, sucedieron dos eventos concurrentes: el primero fue una aparente desatención de la narrativa oficial —reemplazada por lo que Beatriz Sarlo (1994) llamó “tiempo sin cualidades”, un tiempo plano, mercadeable, sin historicidad—. Pasado el período violento de los regímenes totalitarios, y vuelta la democracia a muchos de los países que la habían perdido, la historia fue relativamente desatendida. Fue la época de proyectos que tenían que ver, más bien, con el presente. Uno de los cambios más prominentes en la descripción de eso que empezó a llamarse posmodernidad hace ya varias décadas fue el que había acontecido con la historia. Además de las transformaciones en los relatos maestros de la modernidad —la muerte de la emancipación y la humanización en favor de lo performativo— se identificaron cambios en la forma de relatar el tiempo. El acontecimiento más notable fue lo que Frederic Jameson (1991, p. 6) llamó simulacro, “un consecuente debilitamiento de la historicidad, tanto en nuestra relación con la historia pública como en las nuevas formas de nuestra temporalidad privada”. El segundo evento fue el endurecimiento simultáneo de otra narrativa, el panoptismo patrimonial. La invención del patrimonio cultural inmaterial hace un par de décadas garantizó que, ahora sí, el relato



patrimonial estuviera en todas partes. No fue sólo que el patrimonio terminó de caer en manos de eso que se llama, increíblemente sin ironía, industrias culturales, sino que pasó a cumplir labores para las que no había sido diseñado: lavar la cara de los proyectos de desarrollo, acompañar la ampliación de la frontera ontológica (pos)moderna y lograr la docilidad de las poblaciones afectadas.

La coexistencia de estos dos eventos no es una aporía; es el resultado de la obsesión posmoderna con el presente, sin dejar de controlar el pasado —en el que bien sabe que acechan relatos contestatarios—. Pero algo ocurre ahora, desde hace unos pocos años. Ese “tiempo sin cualidades”, más o menos abandonado a los designios funcionales del mercado, ha vuelto a importar. Ahora se busca dotar de nuevas cualidades a la historia, convertida en obsesión de la derecha global que se siente amenazada. La furia sagrada de la religión ha sido continuada por la furia histórica. Es la furia de los dueños del mundo, las élites económicas y políticas que crearon y sostuvieron los Estados-nación y ahora dirigen el mundo corporativo. Les enfurece que la gente se haya mentido con sus símbolos históricos; les enfurece que las voluminosas huellas de su concepción de la historia (las estatuas, monumentos, himnos, banderas, fechas que erigieron por doquier) hayan sido enfrentadas; les enfurece que el patrimonio que inventaron (e impusieron) haya sido despojado de su pomposidad y reducido a la nada engañosa de donde surgió; les enfurece que otros relatos del tiempo hayan ganado visibilidad y se hayan convertido en espacios de convocatoria, fuerza y esperanza. Esa furia tiene una consecuencia de peso a la que debemos prestar mucha atención para que no nos tome por sorpresa: la concepción posmoderna de la historia, que dominó el mundo por más de cuatro décadas, está dando paso a una nueva politización de la historia, esta vez no sólo al servicio de la idea nacional-racial, sino de una guerra cultural más amplia en la que los objetivos centrales son las diversidades que tanto les molestan.

Las guerras culturales no son simples envites retóricos; tienen consecuencias de largo alcance, algunas incluso sobre la vida —de las culturas, de las personas, del planeta, de las relaciones entre las especies—. Si perdemos esta guerra que ahora está en ebullición perderemos lo que hemos ganado y lo que aún necesitamos ganar, que todavía es mucho, estaría seriamente comprometido. Eso, lo que hemos ganado, es lo que produce su ira: las políticas de cuotas son “discriminación racial”; la afirmación de diferencia es “racismo invertido”. Dan Hicks (2023) definió como “anti-anti-colonialismo” lo que está pasando en esta guerra histórica desatada por la derecha. Paul Gilroy, recuerda Hicks, mostró que era necesaria una conciencia contra “las narrativas maestras del colonialismo europeo... [que ayude] a apreciar las brutalidades del dominio colonial, impuesto en su nombre y para su beneficio” antes de que los británicos “puedan adaptarse a los horrores de su propia historia moderna y empezar a construir una nueva identidad nacional a partir de los restos de su narcisismo roto”. Sin embargo,



en algunos sectores la melancolía latente resurge ahora en forma de represalia y “se está produciendo una reacción violenta” que se “opone a la retirada de estatuas racistas de las calles, se opone a la restitución de artefactos culturales saqueados durante el colonialismo e intenta descarrilar el proceso mediante el cual la investigación que destaca los legados perdurables del racismo imperialista se está incorporando al discurso público general”. (Hicks, 2023, s/p., comillas propias del original. Traducción del autor)

La derecha está en pie de lucha, no sólo en el Reino Unido y no sólo donde ya tiene el poder. La guerra cultural ya está en todas partes. Pocas veces, como ahora, ha sido tan evidente la relación de la historia con la política. Las derechas mundiales no sienten amenazado su poder económico —amenaza que sí sintieron con la revolución soviética y que disparó la violencia del fascismo—, sino su poder cultural. Les aterra la memoria que contesta su relato; les aterra la memoria que ha hecho de la política un lugar y un proyecto.

Los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo XX —los fascismos originales, esos que desencadenaron la Segunda Guerra Mundial y carnicerías más locales, pero no menos sangrientas, como la guerra civil española— no sólo se sostuvieron por las mazmorras y los asesinatos; también lo hicieron por una hegemonía cultural que forjaron por medios agresivos —las leyes, la educación controlada, las puestas en escena (desfiles, exposiciones, eventos deportivos) y un voraz aparato de propaganda—. Esa hegemonía empezó a hacer agua hace décadas. Ahora quieren recuperarla, pero ya es tarde. Ya hemos ganado, aunque aún no todo lo que deberíamos. El “nunca más es ahora”, el “nunca más es siempre”, que resuena en Alemania como corolario de su culpa histórica por el Holocausto, también resuena en la resistencia de las memorias disidentes en la guerra cultural que se está incubando. Esas memorias no olvidan la invocación de Benjamin (1968, p. 255): “Solo aquel historiador que esté firmemente convencido de que ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo si este triunfa tendrá el don de avivar la esperanza en el pasado”.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, Walter (1968). *Illuminations*. Schocken.
- Jameson, Fredric (1991). *Postmodernism or, the cultural logic of late capitalism*. Editorial Verso.
- Paxton, Robert (2019). *Anatomía del fascismo*. Capitán Swing.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna*. Ariel.

Sitios web consultados

- Hicks, Dan (24 de abril de 2023). Beware the rise of anti-anti-colonialism. *Hyperallergic*. <https://hyperallergic.com/817528/beware-the-rise-of-anti-anti-colonialism/>

- The White House (27 de marzo de 2025). Restoring truth and sanity to american history. Executive Orders. <https://www.whitehouse.gov/presidential-actions/2025/03/restoring-truth-and-sanity-to-american-history/>

Cristóbal Gnecco

<https://orcid.org/0000-0002-2405-5888>
cgnecco@unicauca.edu.co



Es Profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca, donde trabaja sobre economía política de la arqueología, geopolíticas del conocimiento, discursos sobre la alteridad y etnografías del patrimonio. Dirige actualmente el Doctorado en Antropología de la misma universidad y fue editor de la Revista Arqueología Sudamericana, además de traductor de numerosos títulos de renombre en la antropología. Recientemente editó *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)* (Universidad del Cauca, Popayán, 2023); junto a Carina Jofré, *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica* (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2022) y con Mario Rufer el libro *El tiempo de las ruinas* (Editorial de la Universidad de los Andes, Bogotá, 2023). Actualmente tiene en curso dos proyectos de investigación, ambos relacionados con los efectos de los procesos de patrimonialización: *Qhapaq Ñan, una etnografía postarqueológica* y *Sentidos patrimoniales y luchas semióticas alrededor de las misiones jesuíticas-guaraníes*. Es miembro fundador de la Red de Información y Discusión en Arqueología y Patrimonio (RIDAP), fundador y editor responsable de *Memorias Disidentes. Revista de estudios críticos del patrimonio, archivos y memorias*.

